

EL ESTRENO EN EL COMENTARIO

## "LA MOSCHETA" DE ANGELO BEOLCO

Estamos ante una obra que, como muy bien lo dijera el Director del Conjunto del Teatro de la Ciudad de Turín, Gianfranco de Bosio, nos introduce en un mundo de hombres elementales donde impera la ley del más fuerte. Hombres terrenos, víctimas del instinto, ajenos a las convenciones sociales, ubicados en el primer lustro del "Cinquecento" italiano, esto es en pleno Siglo XVI. Personajes, éstos de "La Moscheta", que anticipan la "Commedia dell'Arte", que haría famosa, después, Goldoni.

Esas figuras toscas, agresivas, son las de "la Italia que no se ve", según una acertada expresión, contrapuesta a la Italia oficial de intelectuales y burgueses. Lejos están, aquéllas, por lo tanto, del Renacimiento humanista. Conservan intacta a despecho de la evolución de las costumbres, su vitalidad, su fuerza secreta. Mientras en las Cortes y en las Academias se hablaba de la teología platónica, del helenismo italiano y Florencia aparecía como la Atenas de Italia, aquellos rústicos del Siglo XVI vivían conforme a su concepto simple de la vida.

La obra muestra, así, más que un juego amoroso, apetitos desenfrenados por la posesión de una mujer: BETIA, transcurriendo la acción en un barrio miserable de la Padua del 1500.

Esos tres hombres, en una sórdida batalla sexual, cómica y grotesca, se mueven, dentro del conflicto, con caracteres bien definidos: uno es RUZANTE, el esposo de la mujer codiciada, débil, vil, vicioso, amoral; otro el MENATO, campador en las bodas de Ruzante y Betia y el tercero es TONIN, el soldado bergamasco, personaje bufonesco.

Todos alcanzan los favores de la mujer, indigna miserable, sin escrúpulos, que engaña a su marido sin remordimientos, y que lo mismo se entrega por placer que por una ventaja material.

En el ir y venir de estos personajes, se teje la trama, con predominio de monólogos, para que los personajes se expliquen a sí mismos y expliquen la acción.

El pequeño mundo que se describe es pintoresco. Pero Beolco, no explota los aspectos superficiales, sino que ahonda en la psicología y en las costumbres de esos villanos, de esos seres cobardes, ávidos de deseos, sin ideales, sin ley moral, irreflexivos y violentos.

Los modos de vida de todos ellos, su energía elemental, su simplicidad, su miseria, están expuestos de manera admirable, en una observación directa de la realidad, en que, a la intención cómica, se añade cierta piedad por esas criaturas del trasmundo renacentista.

— o —

"La Moscheta", lo ha expresado en una sutil exégesis el mismo de Bosio, "es una obra ruda, potente, hecha de palabras duras, sin formalismos, auténtica expresión de una época y de un ambiente social inferior".

— o —

"La Moscheta" fué representada en el Solís adaptado el dialecto paduano del Siglo XVI, al veneto moderno, el que se mezcla con el bergamasco hablado por uno de los personajes, TONIN, el hombre de armas, dé la pieza.

Ello provocó dificultades de comunicación con el público, especialmente en el acto I: pues muchísimas personas, a pesar de dominar el idioma italiano, no pudieron penetrar en esta antigua y ruda lengua.

Se mantuvo el habla dialectal, aunque un tanto distinta como decimos a la del original de Ruzante, por respeto al escritor, por rigor artístico y para ofrecer una reproducción exacta de la comedia.

El paduano del autor, con

sus vocablos ásperos, cortantes, casi monótonos en su persistencia, como anotó uno de los críticos más autorizados de Angelo Beolco, da a los personajes que lo hablan, la naturalidad y la fuerza necesarias. ¿Por qué, pues, por un prurito formalista o por un prejuicio estético, habría de modificarse el lenguaje?

Esa angustia vital del personaje, su cabal dimensión humana, la elocuencia del asunto, la dialéctica popular, esa picaresca elemental de los sujetos ¿no están acaso dados magistralmente, en ese juego, por momentos barroco, pero que no es nunca falsa?

Las contingencias verbales, incommunicables, son un problema de oído, pero queda la obra en sí, para valorizar el esfuerzo del conjunto italiano.

No se trata aquí de un espectáculo, sino de una expresión, de la obra que un espíritu cultivado trae, a nuestra consideración, con un criterio de extensión cultural, con un afán didáctico.

El desarrollo del asunto, los modismos, los graficisms pintorescos, la espontánea e ingenua grosería de los personajes, los diálogos de los rústicos campesinos, el juego histriónico del soldado, la justeza de la composición escénica, la belleza visual del espectáculo, con una escenografía insuperable, todo ello significó un nue-

vo triunfo para el "regisseur" Gianfranco de Bosio.

La labor de los intérpretes fué de una justeza admirable. Cada uno tuvo cabal conciencia de la responsabilidad de su papel, al que sirvió con probidad y eficiencia.

El trabajo de Franco Parenti, en el del esposo de Betia, fué inteligente y detallado. Es el de él, un papel de grandes dificultades, agotador, que obliga a una constante prodiga-

ción del actor, el cual triunfó en esta ardua empresa, lo mismo que Alessandro Espósito en el Soldado, interpretado con un perfecto sentido de la comedia y con recursos bufonescos de éxito seguro.

Bien Virgilio Zenitz en su Menato, así como Edda Albertini, en la villanesca y sensual Betia, que jugó su papel, con variedad de medios y en una prodigación incesante de sus facultades de actriz.